

italiano poco conocido, Fra Giacomo Affinati d'Acuto, o Kibédi Varga, en su examen de la poética del burlesco francés (véanse, respectivamente, las pp. 126, 151-152 y 158).

Los comentarios que acompañan la aparición del zurdo en el *Sueño del infierno* inspiran por otra parte a M. Gendreau brillantes desarrollos sobre la figura de este hombre al revés, y sobre la complejidad de las raíces tradicionales aprovechadas en este caso por Quevedo. En la línea antropológica del artículo de Gendreau se sitúan también las reflexiones de Delpech sobre la tierra de Jauja, cuyas afinidades con el ritual iniciático se destacan con gran virtuosismo, y los comentarios de Laroque sobre la noción de *misrule* en las fiestas isabelinas.

Merece destacarse, para terminar, la relación establecida por Lafond entre la representación del mundo al revés en el viaje a la Luna de Cyrano, y la poética del mismo autor. Esta preocupación por tender puentes entre los aspectos icónicos del tratamiento del tópico y su transcripción verbal también es la de Kibédi Varga, en su ya citado ensayo sobre el burlesco francés. Vuelve a asomar el mismo intento, aunque en otro nivel, en los comentarios de Redondo sobre la extensión de las inversiones del mundo al revés al mundillo de los refranes en el *Criticón*. Estas coincidencias muestran que, junto a las indagaciones que se llevan a cabo en otras direcciones, existe la posibilidad de desarrollar lo que sería una poética del mundo al revés.

Además de los trabajos que acaban de citarse, el libro recoge un sugestivo comentario de Gaignebet sobre la presencia simbólica de Jonás en Rabelais, un ensayo de Madeleine Lazard sobre amos y criados en la comedia preclásica francesa, un estudio de Maurice Lever sobre el tema del mundo al revés en los bailes de la Corte francesa del siglo XVII y otro de Michel Bitot sobre *The antipodes*, de Richard Brome (1638).

MONIQUE JOLY

Université de Lille III.

JUAN GIL DE ZAMORA, *Dictaminis epithalamium*. Ed., introd. y notas de Charles Faulhaber. Pacini Editore, Pisa, 1978; 227 pp. (*Biblioteca degli Studi Mediolatini e Volgari*, Nuova serie 2).

Ya en su *Latin rhetorical theory in thirteenth and fourteenth century Castile* Faulhaber había señalado el interés del *Dictaminis epithalamium*. Entonces nos ofreció un par de fragmentos en apéndice, ahora nos proporciona una edición completa precedida de una breve pero sustanciosa introducción (pp. 7-31). Ésta viene encabezada por una semblanza de Juan Gil de Zamora. No es la intención de Faulhaber cubrir la falta que tenemos de una biografía de este personaje, y, a grandes rasgos, se limita a exponer lo que ya sabemos por estudios anteriores.

Sigue la presentación del *Dictaminis*. La obra tiene como fechas *post y ante quem* 1277 y 1282. Estamos, por lo tanto, en pleno período productivo alfonsi y en un momento en que las *artes dictaminis* de tradición italiana se empiezan a difundir por la Península. En esa línea el *Ars epistolaris ornatus* de Geoffrey de Everseley (ca. 1270) es un documento puntero; junto

a él hay que colocar nuestro *Dictaminis*. Según nos indica el mismo Juan Gil (p. 34), su tratadito se divide en cuatro partes: *antecedentia*, *consequencia*, *integrancia* y *consumancia*. “*Antecedentia* trata de las expresiones de aprobación o reprobación que pueden emplearse generalmente; *consequencia*, de las que se dirigen a virtudes o vicios específicos. *Integrancia* habla de las partes integrantes de la carta, mientras que *consumancia* da ejemplos de varias categorías de cartas” (pp. 11-12). Todo este material se reparte en seis capítulos, de los cuales los cuatro primeros van dedicados a *antecedentia* y *consequencia* y los dos restantes a *integrancia* y *consumancia*. Como señala el editor, uno de los rasgos originales de don Juan Gil radica en ese amplio tratamiento de los tópicos de vicios y virtudes. El manualito es eminentemente práctico y está pensado para gentes ya preparadas en retórica; por ello, por ejemplo, podemos encontrar una lista de figuras como procedimientos ya conocidos que no necesitan mayor explicación (pp. 92-93).

El apartado sobre las Fuentes (C) condensa una riquísima información dispersa a lo largo de la edición. Realmente Faulhaber ha realizado un esfuerzo muy grande al fijar las fuentes bíblicas, clásicas, patristicas y medievales del *Dictaminis*. Quizá lo que yo echaría de menos es una valoración de esas fuentes. La obra es resultado de un método compilatorio, el mismo que empleaban en el taller alfonsí, y, como en las obras alfonsíes, la originalidad hay que buscarla en la disposición y tratamiento del material y no en la novedad del mismo. En ese sentido, es de resaltar la combinación de sus materiales; el esqueleto teórico lo proporcionan los nuevos *dictatores* italianos, Guido Faba y Boncompagno de Florencia, en cambio la carne para la redacción de epístolas la busca por otras sendas, en la producción de un hombre formado en el renacimiento literario del siglo XII, Pedro de Blois. Creo que es un rasgo peculiar de la cultura de don Gil esa valoración de la sensibilidad del XII en un momento en que la dialéctica la había aplastado en los currícula escolares del XIII. En la misma línea hay que poner de relieve la abundancia de citas clásicas (Cicerón, Horacio, Juvenal, Ovidio, Persio, Petronio, Quintiliano), aunque no sean de primera mano en su mayor parte: las que no se encuentran en Pedro de Blois proceden de un *Florilegium gallicum* similar al del manuscrito Esc. Q.I.14. De igual forma habría que subrayar la importancia que don Juan Gil concede a determinados conceptos, como el de *amicitia* (en “de karitate”, p. 49 y en “de epistolis amatoriiis”, pp. 121-133) de raigambre estoica. Precisamente el editor señala que la única cita clásica que no se encuentra en Esc. Q.I.14. es justamente del ciceroniano *de Amicitia* (p. 15).

Sigue un apartado sobre lengua y estilo (D) donde se analizan las particularidades ortográficas, morfológicas y sintácticas. Acaba la introducción con un estudio del manuscrito (E) y los principios editoriales (F). La obra se conserva en manuscrito único y me temo que no tuvo una gran difusión, o, por lo menos, no tuvo la repercusión europea de ese glosario del mismo Juan Gil, el *Prosodion* (cf. la edición de Luis Alonso López, tesis doctoral de la Universidad Autónoma de Barcelona). Los conductos por los que circulaban estos textos eran los de la red de centros franciscanos y una investigación en ese sentido podría aclarar por qué el *Prosodion* circuló y el *Dictaminis* no lo hizo.

La edición (pp. 33-186) junto con el aparato de fuentes y lugares paralelos son muy cuidadosos. Ofrece un texto puntuado y claro, dentro de lo que

cabe en esa lengua fluctuante e imprecisa que es el latín medieval, y respeta naturalmente sus peculiaridades. Generalmente, los textos mediolatinos españoles los editan gentes sin preparación filológica. La edición de Faulhaber será una *rara avis*, con la que, afortunadamente, podrán contar los estudiosos del latín medieval hispano. Cierran el volumen el aparato crítico y tres utilísimos índices (*fontes, initia y nomina*) que agilizan la consulta de obra.

JUAN F. ALCINA ROVIRA

Universidad Nacional Autónoma de México.

FRANCISCO DE QUEVEDO, *La hora de todos y la fortuna con seso*. Ed., introd. y notas de Luisa López Grigera. Castalia, Madrid, 1975; 230 pp. (*Clásicos Castalia*, 67).

FRANCISCO DE QUEVEDO, *L'heure de tous et la fortune raisonnable / La hora de todos y la fortuna con seso*. Ed., introd., trad. et notes par J. Bourg, P. Dupont et P. Geneste. Aubier, Paris, 1980; 527 pp. (Col. *bilingüe*).

Con pocos años de diferencia aparecen en el mercado dos ediciones de una misma obra de Quevedo, una de las más necesitadas precisamente de aportaciones textuales y también una de las de mayor audiencia. Señalemos que es, en lo que se nos alcanza, la primera vez que se aborda su edición de manera exenta y en colecciones o trabajos con cierta pretensión.

Poca suerte ha vuelto a tener Quevedo con sus editores. El auténtico caos en que se hallan sus obras, apenas comenzado a aclarar por J. M. Blecua, J. O. Crosby y otros ilustres quevedistas, está pidiendo un cuidadoso trabajo colectivo y continuado hasta conseguir, al menos, ediciones limpias y fieles de sus textos genuinos. Por desgracia, no es exactamente el caso de las que reseñamos. Y ello es grave, muy grave, tratándose de una figura de la talla de Quevedo y de una obra como *La Hora*. Pero vayamos por partes.

En la edición de L. López Grigera, el texto es el ejemplar de la edición de Zaragoza (1650). Ahora bien: el análisis textual de las ediciones de *La Hora* resulta ser, a todas luces, insuficiente, y el problema de la relación entre las varias ediciones de 1650 y 1651 queda sin resolver, cuando es precisamente una de las claves para la determinación del texto. La exasperante falta de rigor con que se presentan las fuentes conduce a toda clase de perplejidades. Me pregunto, por ejemplo, ¿qué valor hay que conceder a la edición reseñada en el § 2.4. (pp. 54-55), de la que no se da referencia de lugar, impresor, etc. y que remite a un "1" (¿a 2.1. quizá?) inexistente? Cuando se habla —para establecer tajantemente cuál es el texto base— de que las ediciones impresas "son exponentes de un códice usado por el impresor de Zaragoza" (p. 58), ¿nos referimos a los herederos de Pedro Lanaja o a Juan de Ybar? Si a las dificultades tradicionales de los textos quevedianos añadimos las de nuestra irritante imprecisión, será imposible convenir en el establecimiento de un texto mínimamente fiable de algunas de sus obras. Hay que localizar los muchos ejemplares de las ediciones de 1650 y 1651, cotejarlos, aclarar su relación, dirimir las diferencias dentro de una misma